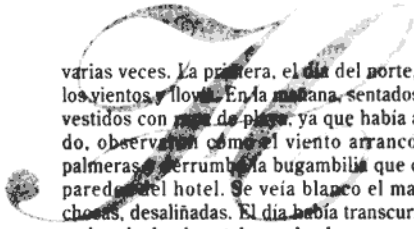


Museo marino

ROBERTO RANSOM

de Antonio Deltoro



ABIAN PASADO varias veces. La primera, el día del norte, cuando cesaron los vientos y llovía. En la mañana, sentados en el comedor y vestidos con ropa de playa, ya que había amanecido soleado, observaban cómo el viento arrancó la copa de dos palmeras y se derrumbó la bugambilia que cubría una de las paredes del hotel. Se veía blanco el mar, de olas caprichosas, desaliñadas. El día había transcurrido en el cuarto, en la sala donde estaban colgados un enorme sábalo y dos pez vela, y en los corredores. La baraja, el dominó, el papel y varias plumas (para dibujar), la televisión (extrañamente no afectada por la tormenta), habían ayudado a distraer a los niños durante horas pero en la tarde prefirieron mojarse y caminar por el pueblo a seguir encerrados.

—Justo hoy, cuando debería estar abierto... —dijo el padre de los niños, haciendo un ademán hacia la puerta azul y cerrada del museo.

Dos días después amaneció nublado, pero para cuando salieron del comedor se había revertido la dirección del viento, tangible en las nubes que se movían —o, al menos, parecían hacerlo— hacia el mar abierto —en un movimiento quizá más centrifugo que unidireccional, desde la bóveda del cielo a los horizontes, donde se deslizaban sobre el borde y desaparecían. El sol, disco difuso, era, todavía a esa hora, más calor que luz; uno sentía que su característica principal, en ese momento, era secar. Un hombre limpiaba la alberca. Otro sacaba las sillas de playa. Para cuando cruzaron el jardín del hotel para salir frente al mar, la arena estaba seca y el cielo completamente despejado. Las olas, nuevamente regulares, arrojaban a la playa cantidad de alga marina y un poco de petróleo que parecía chapopote. Ahora, tras una larga mañana y parte de la tarde en la playa, volvían a pasar frente al museo. Regresaban de comer y el hijo mayor, de cinco años, sugirió buscar juguetes por si volvía a tocarles un día lluvioso.

Entraron al museo que habían vislumbrado desde la calle la primera noche cuando iban sentados en una pick-up que jalaba dos carros abiertos, con bancas, una especie de tren improvisado, que pretendía ofrecerles un tour para que conocieran todos los sitios de interés, hoteles, restaurantes, discotecas, embarcadero, palacio municipal... Los conductores jamás dieron indicación alguna y al ritmo de la música tropical ensordecedora cuyo origen eran dos bocinas

enormes en la parte trasera de la pick-up, y de la campana de no despreciable tamaño que tocaba uno de los organizadores cada vez que cruzaban una calle o frente a un grupo de turistas, hicieron el recorrido del pueblo en unos cuantos minutos y lo que había parecido una tarifa razonable en un inicio resultó ser una amable estafa, con todo y focos de colores y globos.

Había visto el museo desde entonces, a un lado de la casa de cultura (un solo cuarto de dos por tres metros), con su puerta azul e iluminado interior lleno de redes, huesos, mapas y demás artefactos y había pensado que en un pueblo de pescadores un museo de esa naturaleza tenía que ser un lugar interesante. Deseó llevar a su hijo y se lo comentó a su esposa.

Cuando entraron no había nadie, aunque vieron el escritorio con los boletos. La mayoría de las paredes tenían repisas con frascos. Las criaturas, en su mayoría peces, cangrejos o angulas, habían perdido su color y el líquido en el que estaban inmersos era de un café claro, lo cual daba una sensación de aguas sucias. La colección le había extrañado al niño. "¿Para qué los tienen así?" Había varias redes que cruzaban el único cuarto, rectangular y de techo bajo, del museo, sin ventanas y con iluminación neón, y entre las cuerdas estaban atrapadas serpientes acuáticas y moreras disecadas, junto con una víbora de cascabel cuyo origen era, como lo indicaba la pequeña tarjeta que acompañaba a cada uno de los animales con su nombre común y nombre científico, los montes aledaños y no el mar. Otro rincón tenía los caparzones de diferentes especies de langosta (varias realmente enormes), cangrejo, langostinos... y contra el fondo, ocupando una tercera parte del espacio, la osamenta incompleta de un cachalote varado en la playa del pueblo hacia quince años. Los mapas eran parecidos a los que habían consultado en el módulo de información. La niña quiso montarse en una tortuga marina. Para hacerlo, puso a un lado un cartel con información y dibujos sobre las diferentes especies de tortuga, incluyendo las extintas, pero al ver entrar a la encargada del museo, se limitó a correr los dedos sobre los ojos de vidrio. El padre se acercó a la señorita y pagó los boletos —dos adultos, los niños entraban gratis— y volvió a quedarse parado junto al escritorio vacío mientras ella iba por cambio. Junto a la salida había un mostrador con caracoles, conchas, naves de huesos, cangrejos pintados... artesanías que le parecieron residuos. El niño y la niña iban de un punto a otro, sin mostrar mucho

entusiasmo, debido quizá a las exhortaciones de los padres de que no tocaran nada y de que tuvieran cuidado con los anzuelos, arpones y demás objetos. Entraron otras personas. La espera le pareció larga. Cuando regresó la señorita y le entregó el cambio, él colocó la mano sobre la cabeza de su hijo y salieron a la calle. Sintió un suave alivio.

En la tarde caminaron por la playa al muelle de piedras. Un hombre, amable y platicador, les mostró su pesca: varios sargos, plateados y con líneas amarillas y verticales, y las mojarras, de color plata y negro contrastantes, algunas del tamaño de su palma, parecidas, por la forma y el tamaño de los ojos, al pez ángel, tropical y que él solamente había visto en acuarios. Platicaron del clima, de la pesca, de los nombres.

Luego caminó de vuelta al extremo del muelle. Se sen-

taron en la playa, sintiendo el calor de la arena, mirando hacia el sitio donde el río desemboca en el mar. El hombre arrojaba la red con un movimiento sobrio y recogía la cuerda, brazo por brazo, de modo lento, pausado, como si sintiera todo lo que estaba ocurriendo en el mar. Al rato nadarian por última vez ese día entre las olas. La alberca ya estaba limpia y se visualizó jugando con sus hijos. En la alberca uno es niño, le había dicho su mujer. Se sentía feliz, y que ellos compartían el sentimiento. Pensó en levantarse pero vio que su hijo, que estaba a menos de un metro de él, seguía absorto. Miraba al pescador que al sacar toda la red tomaba de entre sus pliegues los peces. Lo observaron largo rato. Intercambió una mirada con su mujer. La niña, normalmente inquieta, estuvo sin decir nada y sin moverse. ✽

